

Luis Diego Guillén

Apostillas a La
alquimia
de la
Bestia



Desde el principio

Pocos años después de iniciada la década de los noventa en el siglo pasado, cualquier esperanza acerca de un mundo redimido, surgida tras el derrumbe de las dictaduras comunistas de Europa Oriental y las satrapías de América Latina y África, se había desvanecido irremediablemente. Esos espléndidos vientos de cambio a los que, melosamente, se referían los roqueros y los poetas, eran letra muerta y acaso valía la pena increparnos ante el espejo por haber sido tan ingenuamente optimistas.

Los genocidios en Ruanda y en los Balcanes estaban ya en curso; para el caso de este último, con las peores matanzas ocurridas en suelo europeo desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La desintegración de antiguos estados originaba guerras crueles y confusas entre las nacionalidades que brotaron de sus restos. En América y África, las frágiles democracias surgidas tras el fin de las dictaduras y la guerra de guerrillas tendían a transformarse en estados fallidos plagados de corrupción, violencia, crimen organizado e impunidad. El valiente nuevo mundo nacido de las cenizas del siglo veinte no era más que un caldero rebosante de guerras tribales y religiosas, conflictos por petróleo, dictadores advenedizos que atizaban el nacionalismo y líderes corruptos e inescrupulosos.

Una y otra vez, la humanidad recibía nuevas oportunidades que, invariablemente, desperdiciaba de la manera más grosera. ¿Sería ese el destino y la condena inevitable de nuestra especie? ¿Agredirse y destruirse hasta llegar a su completa aniquilación? ¿Estábamos irremediablemente atados al caos y a la entropía, en condena a volvernos unos contra otros hasta el final de los tiempos? ¿Éramos innatamente destructivos, llevando hasta el extremo la herencia agresiva de nuestro pasado animal? ¿Es que acaso el mono desnudo tendría alguna oportunidad, algún día?

Para entonces eran mis tiempos de estudiante universitario de Psicología y el debate académico sobre la naturaleza benigna u oscura de las pulsiones humanas había tomado nueva fuerza en el ambiente. Me apropié del tema por abundantes razones personales, he de reconocerlo, pero también acicateado por un trabajo de investigación el cual debí

realizar acerca de la agresividad desde la óptica psicoanalítica, y que me llevó al concepto freudiano de la pulsión de muerte. Dicho trabajo me valió un excelente puntaje, pero también una profunda desazón de espíritu. Éramos, si seguía esa línea de argumento, los portadores del gen de la aniquilación. Éramos, como lo planteaba Schopenhauer, un grupo de erizos en invierno que no podíamos separarnos bajo amenaza de morir de frío, pero tampoco acercarnos tanto que nuestras espinas nos atravesasen.

Inicié una lectura voraz del tema, con ribetes un poco obsesivos, debo aceptarlo, y en esa tesitura llegó a mis manos la obra *Anatomía de la destructividad humana*, de Erich Fromm. Si bien no concordaba con varias de sus propuestas, me cautivó su premisa básica: si la agresividad era animal, la destructividad era propiamente humana. Entonces, me decía yo, si la agresividad era genética y producto de nuestra herencia animal, la destructividad era, al fin y al cabo, una opción, aunque pudiese ser en el fondo una opción banal, así como justamente lo temía Hanna Arendt. ¿Realmente podríamos tener una oportunidad? Me parecía que el tema era acuciante y fundamental; creía –y lo sigo creyendo hoy en día– que era de vida o muerte. Sentí la obligación de contribuir con mi aporte al debate, de levantar la mano y decir algo al respecto. Pero no atinaba cómo.

¿Por qué una rebelión indígena?

Me siento orgulloso de los logros de mi nación, así como de sus raíces latinoamericanas. En especial me complace el hecho de que haya alcanzado, a lo largo de su historia, significativas conquistas sociales con escasos recursos a la mano, tomando en cuenta su desventajosa línea de salida como la provincia más pobre del Imperio español de las Indias Occidentales. Pero tampoco me ciego a los graves defectos que como colectivo nos delatan, parte inseparable de nuestro ser por la martirizada tierra centroamericana, tan proclive a la brutalidad y a la injusticia.

No me considero vulnerable al arrebató del nacionalismo y, posiblemente, nuestras definiciones de fronteras sean uno de los tantos conceptos que debemos ir replanteándonos en la agonía de la posmodernidad. Pero la idea predilecta de nuestra nación como un pueblo de jornaleros bondadosos e inmaculadamente pacíficos la creía totalmente sospechosa. En especial la doble moral que lo caracterizaba y aún lo caracteriza me pareció el respiradero por el cual bullía su más profunda agresividad. Empecé a releer la historia de mi país con la aviesa intención de encontrarle las grietas y las fisuras, más allá de las que oficialmente nos gusta reconocer y, fue entonces, cuando me di de tope con la revuelta indígena liderada por Pablo Presbere y Pedro Comesala, a la que conocía de referencia, pero no en toda su magnitud. Un levantamiento de proporciones descomunales para los estándares de nuestra comarca; nuestro primer gran trauma de crecimiento, muchísimo antes de que surgiera el más mínimo atisbo de una conciencia nacional en la cual pudiéramos buscar refugio. Y como toda experiencia intensa y temprana que no podemos asimilar, esta nos marcó en formas que aún ni concebimos. Sigo creyendo que, como colectivo, la justificación de la infancia la perdimos en Talamanca.

¿Por qué una novela?

Como bien lo dice Umberto Eco en sus comentarios a *El nombre de la rosa*, para narrar una historia solo basta el querer hacerlo, pero también reconoce razones más ególatras e igualmente válidas. Crear una novela es crear un universo. Es hacer de Dios y de demiurgo. Confieso que me atraían ambas razones. Me decidí a dar mi aporte al debate, pero con la libertad del narrador, no con la restricción del artículo científico. Y me pareció que la rebelión indígena de 1709 en Talamanca me daba un extraordinario laboratorio narrativo para iniciar el experimento y para crear un posible universo alrededor de esta sangrienta reivindicación.

Concebí la idea principal en la Pascua de 1996, contemplando la hoguera con la cual se iluminaba la noche del Sábado Santo en el parque de mi comunidad (el fuego siempre es el inicio de muchas cosas). A manera de prueba, esa noche empecé escribiendo escenas diminutas y dispersas, pequeños cabos de diálogos, esfuerzo fragmentario que me consumió de manera irregular y esporádica los últimos años de la década. La mayor parte de los bosquejos posteriormente los eliminé, pero de esos primeros intentos quedó la caracterización de la mayoría de los personajes, la cual se mantuvo sin grandes cambios a lo largo del proceso de creación de la novela. De ellos, el buen cholo de Juan Manuel fue el único que, desde el inicio, conservó sin alteraciones su nombre y su personalidad.

Si bien la historia se desenvuelve en un marco histórico verídico, preferí inventarme un protagonista ficticio para no tener que disculparme con ningún historiador ceñudo. Me encantó la idea de un personaje tráfuga, alguien quien pudiera ver a la distancia con un completo desapego emocional todo lo que sucedía a su alrededor, aunque al terrible coste de perder su humanidad. Matías fue el nombre originario, y a inicios de los años dos mil lo acompañé con el apelativo Santiago, elección obvia por ser el nombre del santo patrono del Imperio español, imperio del cual lucraba y contra el cual terminaría levantándose en armas. En especial me deleitó la ironía del nombre, contrapuesta a la trama de su vida como un consumado oportunista. Acepto que no pude evitarlo: amo las ironías, son parte de la sal con la que condimentamos la vida.

Los primeros años del nuevo siglo fueron un período de sequedad creativa mientras mi esposa, –uno de los pilares fundamentales en los cuales me apoyaría para afrontar el esfuerzo de escribir la novela–, y yo fundábamos familia y nos estabilizábamos laboralmente. Sin embargo, no dejaba de leer sobre el tema cada vez que podía, con la callada esperanza de volver a las armas tarde o temprano. A mediados de la década retorné al teclado y elaboré nuevos pasajes dispersos, la mayoría después desechados, salvo la narración del encuentro de la expedición con la primera aldea semiabandonada en la montaña. Pero, aun así, no podía evitar sentirme atascado. Por ello, comencé a angustiarme al ver como aumentaba la cantidad de trozos sueltos sin ningún hilo narrador que atinase a conectarlos de manera creíble, sin que el futuro lector terminara escéptico y riendo sarcásticamente. Para colmo de males, tampoco daba con la voz del narrador, el punto de vista desde el cual desenrollar la madeja del relato. No lograba meterme en los zapatos de mis criaturas.

Fue entonces cuando tomé una decisión crucial para aligerar el peso de la tarea. Hasta ese momento, había decidido llevar la trama en dos líneas narrativas paralelas y contrapuestas, una desde el punto de vista del protagonista y otra desde la perspectiva de

Pablo Presbere, alma principal de la revuelta. Pero era imposible entrar al hermético mundo que él representaba. No me sentía en su piel, no comprendía la cosmovisión que defendió a costa del sacrificio, como al final invariablemente ocurrió. Fue entonces cuando me di cuenta que no importaba cuantas veces le diera vueltas y me mimetizara con él, solo sería yo un criollo mestizo tratando de entender su mundo. La envidiable soltura con la cual Tatiana Lobo le dio voz en su *Asalto al paraíso* estaba completamente fuera de mi alcance. Fue entonces cuando decidí narrar todo desde la voz de Santiago Matías de Sandoval Ocampo, desde sus prejuicios, desde su ignorancia, desde su oportunismo y su obsesión por manipular a los personajes con quienes habla e interactúa a lo largo de la novela. Y hecho esto, justo pasada la mitad de la década, detuve el esfuerzo de la escritura e ingresé en una yerma atonía de más de seis años, durante los cuales me centré, en los escasos ratos libres que la familia y el trabajo me lo permitieron, a leer e investigar en busca de la clave desesperada que me permitiera seguir avanzando.

Bien decía Marguerite Yourcenar en su cuaderno de ruta a *Memorias de Adriano*, que hay libros los cuales uno no debería atreverse a escribir antes de cumplir los cuarenta años de edad. Hablaba por experiencia propia, cuando en sus tempranos veintes concibió la idea de la obra que cambiaría por siempre la novela histórica. En dimensiones mucho más modestas, me daba cuenta que yo había incurrido en la misma osadía. Y fue precisamente a los cuarenta cuando me propuse terminar la obra inconclusa que me hostigaba la conciencia, dedicando entonces cuatro años intensos a la ardua tarea de escribir, pulir, desechar, leer y releer, investigando únicamente cuando fuera imprescindible resolver temas cruciales para el avance de la trama. Me apliqué como un relojero obsesionado se consume sobre sus piñones, buscando la paz de espíritu en el perfecto funcionamiento del mecanismo que no atina a echar a andar. Fui soldando las distintas porciones que había creado con anterioridad, exasperándome por las fisuras que a veces quedaban entre una y otra escena, hasta lograr dos grandes bloques, los cuales, pese a todos mis esfuerzos, no conseguía unir del todo. No lograba trazar su alquimia.

Y no fue sino hasta que decidí, unos dos años antes de concluir la labor de escritura, hacer una nueva inclusión de personajes como medida desesperada, los ilustres visitantes provenientes de la capital del Reino de Guatemala, que obtuve el clavo de oro para unir ambas líneas y cerrar la tarea cosmológica. No pude evitar sentir entonces una humilde sensación de triunfo. Pero quedaba aún un largo trecho de revisión propia y con el editor, una dolorosa revisión en la cual deseché partes que consideraba bien labradas, para reducir la extensión de la trama, volviendo una y otra vez sobre el texto, desechando lugares comunes, corrigiendo incongruencias y eliminando cacofonías, hasta lograr una versión aceptable de la pequeña porción de universo que me había propuesto crear dos décadas atrás.

El título

Varios de mis lectores me han comentado como la decisión de leer mi novela fue motivada por el título. Y como bien lo decía mi maestro Laureano Albán, el título viene escondido en el texto. Cuando empecé los primeros esbozos de la trama, le puse por nombre *El Protomártir*, pues ya para entonces me traía entre manos el hacer de la historia una parábola expiatoria. Posteriormente, y por recomendación de un buen amigo que consideró el título demasiado minimalista y parco, lo cambié por *La tierra donde moran los monstruos*, frase que aparecía en un par de capítulos que iban tomando forma pero luego lo reduje a *Donde moran los monstruos*, solo para encontrarme después que ya existía una novela infantil anglosajona con ese nombre. El honor de la estocada final le correspondió a mi editor, quien lo tildó de largo y en exceso descriptivo.

Contra la pared y contra el tiempo, me dediqué a buscar un nuevo título que fuese llamativo y no traicionara el contenido y la esencia de la trama. La frase la encontré por casualidad en el cuerpo del texto y a la fecha no recuerdo bien cuándo la escribí por primera vez. Me gustó el tema de la alquimia, esa transformación difícil de controlar, mitad ciencia y mitad arte oscurantista, que el oficiante solo llega a dominar de forma parcial. La alquimia, en última instancia, es el arte de las transformaciones imposibles, de las transmutaciones dolorosas que en ocasiones nos llevan a la piedra filosofal, pero que, en la mayoría de las veces, nos dejan abandonados en la mitad de la noche en rutas desérticas. Y en cuanto a la Bestia..., bueno... La última palabra la tiene el lector.

Tejiendo la realidad

Para construir una nueva parcela del universo, lo primero era definir los hechos históricos, al menos los que consideramos como tales, según las crónicas que nos han legado. No quería una ficción distópica o en ucronía con lo ya existente. Quería fabular, cierto, pero apegado lo más posible a los hechos registrados por los testigos de la época. Gran parte del esfuerzo de escribir la novela abarcó, precisamente, el investigar para establecer esos hechos o lograr una aproximación razonable de los mismos. Una vez definido el menaje de la época, ya era posible encontrarle las hendiduras, los intersticios, los espacios en blanco donde ejercer la ficción. Quería una época lo mejor amueblada y lo más realista posible. Quería que el lector, con su propia nariz, oliera el aroma del siglo XVIII en ruta a Talamanca.

El protagonista de la trama, Santiago de Sandoval Ocampo, es ficticio, pero parte de su entorno familiar es real y existió en la época en que se narran los tempranos acontecimientos de su vida. Su abuelo José de Sandoval efectivamente vivió y fue capitán de arcabuceros y prohombre de la ciudad hacia finales del siglo XVII. También son ciertas la agresión que sufrió a manos de su hermano, el clérigo Antonio de Sandoval, en enero de 1640, así como las condiciones trágicas de su muerte, registradas por Cleto González Víquez en su estudio *Orígenes de los costarricenses*, del año 1921. De esta misma fuente, extraje la información referente al sacerdote diocesano don Antonio de Sandoval, tío abuelo del protagonista, así como el atentado contra su hermano, su supuesta implicación en la leyenda de la aparición de la Virgen de los Ángeles, la construcción de la Iglesia Mayor provincial a cargo de su peculio y los últimos años de su existencia. También me fundamenté en la investigación de don Cleto para, además del episodio de la agresión del presbítero Sandoval a su hermano, reconstruir la posible forma como el mismo mutó en la tétrica leyenda del padre sin cabeza, más o menos en los términos en que la narra Mestanza a Santiago, durante su conversación de sobremesa.

La segunda esposa de José de Sandoval y abuela del protagonista, María Ramiro de Sandoval, también existió, aunque las condiciones de su enfermedad y muerte son enteramente ficticias. Además, existieron los tíos maternos a los que Santiago alude, indicados por González Víquez en sus estudios genealógicos, en los cuales y de pasada,

registra la venta de la esclava angoleña, mencionada en la trama. Por su parte, la madre del protagonista, la esclava mulata, el novicio y el primo Antonio son personajes ficticios, mas no así el medio hermano de la madre de Santiago, radicado en Río Tinto, quien en la vida real correspondió al nombre de Sebastián, en vez de Francisco.

La descripción del villorrio colonial de Cartago fue tomada, en su mayor parte, de la narración hecha por el obispo Pedro Morel de la Santa Cruz, en el informe de su visita pastoral a la ciudad en 1751. Del mismo también se tomaron las descripciones de la Iglesia Mayor, el convento, las ermitas e iglesias menores, así como el estado y la disposición de las casas. La descripción de las fiestas coloniales, las celebraciones religiosas y la vida de las cofradías se encontraron en los informes de los gobernadores de la época, así como en las investigaciones realizadas por Ricardo Blanco en su *Historia eclesiástica de Costa Rica*, y en las investigaciones de Rogelio Coto Monge en su obra *Las Ruinas de la Parroquia: un sueño roto*. En cuanto a la descripción de la vida en Río Tinto y en la Mosquitia, como zonas al margen de la ley ibérica, la misma se inspiró parcialmente en las descripciones contenidas en el libro *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*, de los autores Ciro Cardoso y Héctor Pérez Bignoli, quienes, en dicha obra, mencionan también de pasada al contrabandista inglés Pitt como alguien dedicado al trasiego de madera y sin brindar mayor descripción del mismo, la cual fue totalmente fabulada para efectos de la novela.

La visita del obispo Bravo de Laguna a Costa Rica en 1674 es real en su descripción general y la narra Ricardo Blanco en la obra arriba citada, así como su muerte y sepelio en Cartago. Ligar su muerte a la violación de su ahijada es un hecho ficticio, como ficticios también lo son el personaje de la doncella, su familia y su nodriza, además del estupro del que fue víctima y los perpetradores del mismo. El posterior deterioro emocional de la joven y el infanticidio que perpetra son solo ejemplos de una condición frecuente de la época en la cual el dedo reprobatorio de la moral se ensañaba, más que contra los culpables, con quienes llevaban el fruto de la agresión en el vientre, condición que las hacía proclives a los hechos que narro en la trama y enlace nebulosamente con la gestación de la leyenda de La Llorona en su variante local.

En lo que respecta a la carrera militar del protagonista, el capitán Pablo de la Peña es ficticio, así como el monje eremita de Cabaiguán, el viaje de la goleta y la destrucción de la misma en Matina. La descripción de las flotas y los rangos de la marina imperial española están tomados de los informes de la época sobre las flotas de Indias, así como de los anales del sistema de flotas imperiales y los problemas logísticos y de sincronización a los que se enfrentaba. La constitución del fuego griego es una hipótesis personal, elaborada a partir de múltiples conjeturas y descripciones disponibles en la red

(nadie conoce hoy en día a ciencia cierta la composición real) y el hecho de hacer del sodio el combustible fundamental de la fórmula es una presunción mía, a partir de mis experiencias como estudiante universitario en los laboratorios de química, al ver la reacción del sodio cuando entra en contacto con el agua.

Las descripciones de la organización social y militar de los zambos mosquitos así como de los ataques e incursiones a la provincia, fueron tomadas de los informes de los gobernadores españoles de la época, Granda incluido. Para la descripción general de la diáspora afroamericana y de los negros cimarrones me fundamenté, en forma básica, en el libro de Quince Duncan, *El negro en Costa Rica*. En cuanto a la situación económica, comercial y fiscal, tanto de la provincia como del Reino de Guatemala y del Imperio Español, en general, fueron tomadas en sus líneas generales de la obra de Cardoso y Pérez Brignoli arriba citada, de las investigaciones realizadas por Samuel Stone en su estudio *La dinastía de los conquistadores*, de las investigaciones del historiador Franco Fernández en su libro *La Plaza Mayor. Génesis de la nación costarricense*, así como de los estudios de Lawrence Harrison sobre el subdesarrollo de las sociedades latinoamericanas.

Con respecto a los personajes del gobernador Lorenzo Granda y Balbín, los capitanes Joseph Mier de Cevallos y José de Casasola, el cura Diego Angulo Gascón y el mayor Rafael Fajardo, todos existieron y fueron piezas fundamentales en el afrontamiento y la represión de la asonada indígena, si bien la descripción que hago de los mismos es enteramente figurada. Joaquín de Mestanza, Fray Anselmo de Noguera y Moragues, Ursino Pontúguez de Reigosa, Ramiro, Tristán Aburto y el capitán Gonzalo Carranza son ficticios, como también lo son los cholos Juan Manuel, Gil Castro Baldizón y Emiliano Abranza, los nativos *Wiklo* y *Talok*, las matronas *Chawë'* y *Sibõnu* y los guerreros teribes.

El estado de las misiones en Talamanca, la descripción del ataque a las mismas y la solicitud de ayuda por parte de las autoridades locales fueron tomadas de los informes que los propios misioneros escribieron, entre ellos, Rebullida y Zamora, muertos en la intentona. Las circunstancias del arribo de la noticia del desastre a Cartago y la sesión de emergencia en el Cabildo con los sobrevivientes son recreadas en su totalidad, así como la reacción de pánico de los colonos al enterarse de la tragedia. Al menos, oficialmente, consta en actas que el plan militar de réplica fue elaborado por el propio gobernador Granda y Balbín, el cual quedó como el autor oficial ante la historia. En la novela el plan es producto del protagonista, el cual lo cede a Granda a cambio de ayuda en su incómoda situación legal como prófugo e insubordinado. Asimismo, los miembros del Cabildo, Juan Fernández Cervo y Bartolomé de Quintana, representantes de las dos facciones en disputa en el villorrio y cómplices del plan, son enteramente ficticios.

La descripción del armamento y el menaje bélico son tomados del intercambio de informes entre Granda y las autoridades de la Capitanía General en Guatemala, salvo las lombardas, que son mi pequeño aporte personal a la empresa militar. Por su parte, la descripción visual de las vestimentas de civiles y militares en la sociedad de la época se basa en los informes de gobernadores de fines del siglo XVII e inicios del siglo XVIII, así como vagamente en las representaciones pictóricas elaboradas por José María Figueroa y contenidas en su célebre *Álbum de Figueroa*.

Para los discursos de Ursino en su almuerzo de bienvenida a Costa Rica me basé, parcialmente, en extractos de las cartas dirigidas por funcionarios de la Real Audiencia de Guatemala a Granda y Balbín, en las cuales, junto al detalle de la ayuda enviada, le solicitan moderación en la incursión y en la represión de la revuelta. Qué tan en oídos sordos cayeran tales solicitudes, no es difícil adivinarlo... Las cantidades de soldados incluidas en cada uno de los dos brazos armados que se internaron en Talamanca fueron tomadas de los informes oficiales, pero la compañía de soldados que Mestanza trae por su cuenta de Guatemala es completamente inventada. Para el personaje del capitán de la misma, me basé en la descripción física de Abimael Guzmán, el tenebroso presidente Gonzalo, fundador del grupo insurgente peruano de línea maoísta Sendero Luminoso. Comentario al margen, para la escena del sacrificio de los perros en las puertas de la ermita de La Soledad, me inspiré en la ejecución y colgamiento de decenas de perros en el tendido público de Lima, con las cuales, en un amanecer a finales de 1980, el grupo terrorista condenaba el giro chino hacia el capitalismo y oficializaba su brutal escalada de barbarie en el Perú.

La asolación de las rancherías en Talamanca, las violaciones de mujeres y la masacre de niños y ancianos en la aldea semiabandonada están parcialmente inspiradas en las narraciones de las atrocidades que las tropas kaipiles guatemaltecas cometieron durante los ochenta contra los indígenas mayas del altiplano; muy en especial la infame masacre de la aldea de las Dos Erres, en la cual los militares desplegaron una crueldad extrema en la matanza de los pequeños, tal y como lo recogen los testimonios de los informes recopilados por las diversas comisiones de la verdad, surgidas tras el fin de la lucha armada y la caída de los regímenes militares.

Con respecto a los pueblos nativos de las montañas, la descripción de los guerreros teribes está tomada de los relatos de viajeros alemanes que visitaron Talamanca en la segunda mitad del siglo XIX. En cuanto a la abigarrada diversidad de naciones y grupos étnicos nativos en Talamanca, quise verter en la novela la misma sensación de confusión

con la cual, invariablemente, terminaba al leer una y otra vez los informes de los misioneros en Talamanca, de fines del siglo XVII e inicios del XVIII. Relación tras relación, se dan inventarios exhaustivos de las naciones aborígenes de las montañas, que no solo varían entre sí, sino que a veces se contradicen. Con respecto a los informes realizados por misioneros posteriores a la asonada, los mismos no son más claros al respecto. Mientras algunos pueblos son mencionados como tribus relacionadas con los bribris, en otros son mencionados como parte de los cabécares o grupos independientes. Mientras algunos grupos se enlistan como tribus en varios informes, en otros son mencionados como términos de referencia con los que algunas etnias definían a los hombres o mujeres de tribus vecinas. Tal madeja en retrospectiva es justificable. Nunca será tarea fácil comprender en su totalidad la complejidad del otro, el entramado con el que se construye a sí mismo y a su grupo social. Si tuviéramos noción de ello, quizás no seríamos tan propensos a juzgar tan pronta y lapidariamente a los demás.

Por ello y como mencioné líneas arriba, decidí trasladar esa confusión no solo a los personajes, sino también al lector. En algún momento pensé, revisando parte de las pruebas preliminares, que me podrían reprochar el que mencionase el apellido de Pablo Presbere, primero como una nacionalidad y luego como una suerte de título nobiliario, en vez de desmenuzar las implicaciones lingüísticas y religiosas de su nombre. Cierto, me acuso. Y en mi anticipada defensa argumento lo que ya mencioné en páginas anteriores: quería amueblar el escenario de la novela con el mismo desconocimiento, el prejuicio y la perplejidad sobre Talamanca que se respiran folio tras folio en los informes de las autoridades coloniales. Después de todo, los autores de los mismos iban a Talamanca a reprimir una revuelta y obtener algunos dividendos extra en el proceso, no a realizar trabajo etnográfico de campo.

Mencioné ya mi dificultad para entrar a valorar la visión cosmológica de los habitantes nativos de Talamanca, su forma de ver el mundo y darle rostro a sus aprensiones y esperanzas. Pero otras voces más lúcidas y autorizadas acudieron a mi rescate. Para mi buena fortuna, tuve a mano los excelentes trabajos de María E. Bozzoli sobre la concepción del universo, el nacimiento y la muerte entre los bribris, las formidables obras de Carlos H. Aguilar sobre la cosmovisión, la religión y la magia entre los indios costarricenses de origen sureño, así como los estudios de Adolfo Constenla sobre la cultura y los mitos de los indios térrabas.

Comentario aparte merecen las lenguas aborígenes empleadas en la novela, afán que me invirtió muchas horas de trabajo. En principio ni por asomo pensé en hacer transcripciones literales de las mismas, pero conforme el hilo de la narración me fue

acercando al momento del contacto de los militares con los pueblos nativos de Talamanca, me fue ganando o, mejor dicho, se fue imponiendo la necesidad de expresar varias frases en las lenguas de estos últimos por un elemental sentido de respeto a su cosmología y a su visión del mundo. Después de todo, dónde termina el lenguaje y dónde comienza el pensamiento, es un mojón que la ciencia cognitiva está aún lejos de definir, en lo que tal sea posible.

Por lo anterior, y ante mi absoluto desconocimiento de la gramática y de la sintaxis de dichas lenguas, me di a la tarea de buscar frases completas, con la esperanza de que pudieran adaptarse a los diálogos que más o menos iban ya tomando forma en mi mente. Aunque debo confesar que en varias ocasiones fue justo a la inversa: adapté los diálogos a las frases disponibles y que consideraba pertinentes o merecedoras de incluirse. Pero, en general, la fortuna me sonrió y tuve la extraordinaria suerte de encontrarme con un material de alto valor científico y extraordinariamente dúctil. En este punto, he de reconocer que me enorgullece sobremanera el trabajo que, al respecto, han realizado los lingüistas y educadores de mi país.

Las frases que expresan los guerreros teribes fueron tomadas del excelente estudio de Adolfo Constenla Umaña, denominado *La lengua de Térraba* (el térraba o teribe del sur es el pariente más cercano del teribe que propiamente se hablaba en la Alta Talamanca en el siglo XVIII, lengua ya extinta y de la cual prácticamente no se conoce nada). En lo referente a la lengua bribri, me basé en los textos didácticos elaborados por Carla Jara Murillo y Alí Segura García para el proyecto *Se' ë' yawö bribri wa (Aprendemos la lengua bribri)*, los cuales me encantaron no solo por ser sumamente gentiles con neófitos de aprendizaje lento como el que esto escribe, sino también por retratar las frases más cotidianas del pueblo que la habla. Por la misma razón, el bribri en que se expresan mis personajes fundamentalmente proviene del dialecto coroma, si bien también incluí frases de los dialectos amubre y salitre, para lo cual recurrí al *Diccionario bribri-español*, de Enrique Margery Peña

Para la lengua cabécar me basé en el *Diccionario cabécar-español* del mismo autor, mientras que para los vocablos en lengua huetar (antigua *lingua franca* de los nativos de mi país, que puebla la mayor parte de la toponimia de mi tierra, pero de la cual prácticamente lo desconocemos todo), me basé en el *Abecedario ilustrado de la lengua huetar*, de Miguel Ángel Quesada. Del mismo autor, empleé el *Diccionario boruca-español*, para las frases en esta lengua que aparecen en la novela. En cuanto a la jerga de los zambos mosquitos, me inspiré en la lengua miskita, su descendiente probable y más directo, a través de la gramática miskita (*Miskitu bila aisanka*) elaborada por el gobierno

nicaragüense a mediados de los años ochenta. Y en cuanto a las expresiones en bable y vascuence, eché mano de los mejores traductores que pude encontrar en la red.

Mención especial merece también la labor de transcripción fonética de las lenguas nativas, en especial el bribri y el cabécar. Desde el inicio, decidí atenerme a los usos de la Asociación Fonética Internacional para evitar complicaciones innecesarias, pero aun debí llevar las posibilidades del teclado de mi portátil a límites que sus diseñadores jamás soñaron, debiendo incorporar aplicaciones por recomendación de chicos duchos en materia tecnológica, a fin de cubrir todo el espectro fonético de las frases incluidas en el texto. A partir de allí, el suplicio fue de mi editor, contando por fortuna con el ingenio de la chica encargada de levantar el texto, quien, en un derroche de creatividad, logró encontrar la forma de migrar dicha fonética desde el procesador de texto original al levantado definitivo de la obra.

La mujer y la serpiente

Unas palabras finales. Alguna vez leí, no recuerdo donde, la vehemente frase de una escritora quien sostenía que las religiones organizadas eran el monopolio de hombres que le temían a la sexualidad femenina. Conforme pasa el tiempo, más me cuesta no darle la razón. Pues revestir a lo que se desconoce y se teme con el linaje de lo indecible y lo monstruoso es la forma más desprolija de mutilar en vida. Mientras leía los informes de la época, no solo sobre la revuelta y sus antecedentes, sino también sobre el día a día de la Colonia, no dejaba de atizar mi curiosidad la absoluta invisibilización a la cual eran sujetas las mujeres. Simplemente no existían, no solo porque todo lo que se redactase y

decidiese era firmado por hombres, sino porque tampoco existían en el mundo que narraban y describían a sus superiores, salvo para consignar sus matrimonios, la descendencia que parían, sus obligaciones para con la familia o para censurar sus extravíos a la moral del siglo. Tampoco era que no se preocupasen por ellas. Se preocupaban, en virtud estrecha de la imagen que habían construido de sus contrapartes, construcción en la cual, indudablemente, las mujeres les habían colaborado. De hecho, en los reportes de las víctimas del ataque a las reducciones, se menciona de pasada a una mujer entre estas, pero en vista de su condición de esposa de uno de los soldados y madre de un niño, ambos muertos también en la asonada.

El solo hecho de que se pudiera esperar algo más de las mujeres, salvo adicionalmente una buena dote, estaba más allá de todo razonamiento, en el reino de lo inconcebible. No dudo que en la época las autoridades de todo corte se inclinaran galantes ante ellas, les dedicasen rosas y serenatas a la luz de la luna y defendiesen su integridad acudiendo inclusive a los duelos de honor. Pero eso es lo verdaderamente fácil del negocio e inclusive la forma más inocua de disfrazar todo oculto desprecio. Reconocerle su lugar a una mujer independientemente de nuestra opinión sobre ella, y a sabiendas de que probablemente nos desagrada ese lugar, es la verdadera prueba de fuego.

Decidí hacer carne la misoginia de la época en la curtida piel de mi protagonista, inscribirla en el propio centro de su ser, como él lacónicamente lo reconoce en algún pasaje. Hecho esto, me di cuenta de que ya no estaba en mis manos el redimirlo. Después de todo, quizás era yo también y a mi peculiar manera, un producto de ese mundo que leía con desconcierto en los folios coloniales. Esta tarea debía delegarla en otras manos, mucho más sabias que las mías. Y por ello, también mi especial cariño no solo a las matronas nativas que esperaron por Santiago en lo más fragoso de las montañas, sino también a la joven india sin nombre con su bebé en los brazos. Libres ellas del cepo de sus hombres (muertos, escondidos o batiéndose en retirada ante el acero español), serían quienes se echasen a las espaldas el peso de un mundo que se dislocaba, para mantenerlo en curso por el bien de sus seres queridos.

Y si éramos capaces de silenciar a la mitad de nuestra especie a la hora de escribir la historia oficial, ¿cuántas sabidurías distintas, cuántas definiciones del otro perdidas para siempre habíamos ya carbonizado en innumerables hogueras? Después de todo, deshumanizar e invisibilizar al de al lado es el primer paso para convencerse a uno mismo de que su exterminio es justo y legítimo. Y si no, que lo digan los nacionalsocialistas con su etiqueta del *Untermensch*.

Me propuse no solo a darle voz a la femineidad prohibida, sino también a esas parcelas del universo silenciadas por el plumazo oficial. Me propuse que la revuelta fuera algo más que una insubordinación ante la autoridad religiosa y política de su tiempo. Quería que la revuelta contra el poder de este mundo fuera vista, en última instancia, a través del lente del prejuicio: una insubordinación de todas esas fuerzas temidas que creían mantener a raya tanto en la tierra como en el cielo. Y ello me provocó el deseo de revestirla con una figura universalmente temida y repudiada por la cultura de los dominadores. Mi elección fue definitiva: la serpiente. Con nuestra obsesión por hacerla depositaria de las características más temidas y despreciables que encontramos en nuestra propia especie, era la candidata idónea.

Pero aún más. No quería el lugar común de la serpiente perversa que se alía con el villano del momento. Esos lugares clichés saturan nuestros trops culturales en exceso. Ansiaba reivindicarla por lo que valía, a través de ojos mesoamericanos, a través de los ojos del área cultural intermedia de fuerte linaje chibcha. Decidí fusionar en ella todo lo sublime, lo terrible y lo atroz que le endilgamos a lo que no nos gusta entender, la suma de todas las fuerzas que desconocemos y no aceptamos y las cuales esperarían por nuestro protagonista, allá en las entrañas de las selvas de Talamanca.



En conclusión

Visto en retrospectiva, me queda el sinsabor de todos los personajes, las voces y los diálogos que, en el inevitable proceso de edición, quedaron por fuera, muchos de ellos silenciados y desconocidos por siempre, a pesar de ser el producto de horas de laboriosa reflexión y escritura trabajosa. Y no dejo de concluir que, en mi afán de novelar un universo alternativo, una creación paralela, este nuevo escenario terminó por ser similar a su universo padre, el espejo en el cual se miró para tomar forma.

Como colectivo y como individuos, a lo largo de la historia hemos silenciado innumerables voces, otras formas de ver el mundo y otros modos de concebir las interacciones entre nosotros. No imaginamos un sendero distinto para lidiar con lo diverso y diferente. Acaso algunas de ellas merecieran tal destino, pero muy probablemente otras no. Y es válido y lícito preguntarse por esos fragmentos amputados de nosotros mismos que ya nunca conoceremos. Porque son partes en las que quizás yaciesen respuestas que hoy buscamos desesperadamente y no nos atrevemos a crear de la nada otra vez. Esa es la parte del rompecabezas que nos falta, la razón por la cual, probablemente, seguiremos cavando tumbas colectivas por un buen rato. Y de paso construyendo fábulas, a manera de último consuelo.

